

juzgar bien de ellas, *ibid.* Como se debilita la impresion natural de la virtud, 454. ¿ En qué consiste la virtud de Epicuro? *ibid.*

Volcanes. Qué debemos pensar de su antigüedad, 275, 276.

Voluptuosidad. Véase *Deleite*.

Z.

Zizaña. ¿ Se convierte en trigo? 57.

Zoroastro. Personaje fabuloso : libros que se le atribuyen, 259.

O. S. C. S. R. E.

FIN.

EXCELENCIA

DE LA

RELIGION CATÓLICA,

Ó SEA

CORRESPONDENCIA EPISTOLAR

ENTRE UNA SOCIEDAD DE PROTESTANTES,
Y UN TEÓLOGO CATÓLICO.

POR JUAN MINLER.

Obispo de Cástabala y Vicario Apostólico en Inglaterra.

Indóviles mortales, un instante
Dejad ese desden tan arrogante ;
Pues la razon que os es tan halagüeña
En subyugaros á la Fe os empeña.
Oidla, ya que obtiene vuestro aprecio :
Y los que conocéis el alto precio
De aquesta Fe divina y de sus ritos,
Sabed tambien que os tocan mis escritos.
Aquel que se deleita en su grandeza,
Los titulos que prueban su nobleza
Lee con sumo placer : así el cristiano
Repasa con anhelo y siempre ufano
Las pruebas de su ley, y en ellas mira
Los titulos del reino adonde aspira.
Así se enfervoriza, ni le asombra
Ver mezclarse á la luz alguna sombra,
Si la columna que su marcha guía
Le presentá tal vez su faz umbria.
Consuelen pues mis cantos al creyente .
Confundan del impío la audaz mente.

L. RACINE, *Poema de la Religion.*

ADVERTENCIA.

Demostrada en los tomos anteriores la divinidad de la Religion, era necesario hacer ya ver la de la Iglesia. A la verdad, ¿de qué serviria haber hecho enmudecer al ateísmo con la imponente voz de todo el género humano; oido proclamar á todos los pueblos otra vida donde se reparan las diversas fortunas de los buenos y de los malos en esta; obligado á confesar al Deista que la naturaleza es nada sin el Dios que la gobierna y la dirige; que el Hacedor ha hablado y manifestado á los hombres sus voluntades; que envió en tiempo su Hijo al mundo; que Jesucristo es Dios; si saliendonos al paso millares de sectas, que se arrojan el nombre de Christianas, no pudiésemos y supiésemos distinguir entre ellas la verdadera? ¿Si clamando todas: *El templo del Señor, el templo del Señor*, no supiésemos cual era aquella en que debemos conversar y vivir, donde Dios da sus oráculos; que conserva el depósito de la revelacion? ¿si no supiésemos cual es entre tantas su esposa amada, la escogida de su corazón, con la que tiene sus complacencias, con quien se desposó en fe hasta el último de los dias? Dios no podia menos de darnos tales señales y caracteres tan claros de la Iglesia verdadera, que pudiésemos distinguirla con facilidad de las que no lo son. ¿Habria dado él al hombre la revelacion como un señuelo de sus voluntades, y dejádole luego en la ignorancia é imposibilidad de seguirla y abrazarla? ¿Quién se atreverá á decir, quién osaria pensar que, imponiéndonos leyes cuya infraccion tiene efectos tan ter-

ribles, las hubiese cubierto con un velo impenetrable á nuestros ojos? ¿que se ocultase al que le busca, que hubiese rodeado de tinieblas la Ciudad santa donde nos llama á morar, ó colocádola en un monte inaccesible donde no pudiésemos llegar á ver su hermosura, y escuchar sus instrucciones? No blasfememos de la divinidad; bondad suma, quiere la felicidad de sus criaturas, y no puede castigarlas sin otra culpa que la de haber salido de sus manos: no, no fué el odio quien fecundó la nada: Dios habló, y fué para hacerse oír; expresó sus voluntades, y fué para que se cumpliesen: se escogió, en fin, una esposa sin mancha y sin arruga, y la adornó con tales caracteres que no pudiese ser confundida con otra.

¿Mas cuáles son estos? Si reflexionamos con atención, nos convenceremos sin dificultad que las notas de la verdadera Iglesia deben ser las mismas que caracterizan á la verdadera Religion. Que así como esta es *Una, Santa, Universal, Perpetua*, aquella será la Iglesia verdadera que esté adornada de los mismos dotes; es decir, que sea *Una, Santa, Universal Indefectible*, esto es, que desde los Apóstoles se haya conservado la misma perpetuamente sin interrupcion.

Y qué, ¿podrán pretender derecho á esto tantas sectas que nos rodean y atruenan con las voces engañosas de *Reforma*? ¿Osará el protestantismo presentarse siquiera en la lid? ¡Eh! monstruo de mil cabezas desde su mismo nacimiento, no puede invocar á su favor la *Unidad*, carácter primero de la esposa de Jesus: monstruoso en sus doctrinas, lúbrico hasta el escándalo, obscenisimo en sus Padres y primeros propagandistas, sería un insulto al género humano atribuirle la *Santidad*: reducido al rincón de algunos Estados europeos, y en cada Estado dividido en centenares de sectas, carece tambien de la *Univer-*

salidad. ¿Y por quién se enlaza con los Apóstoles y Jesucristo? Antes de Lutero, ¿dónde estaba el Luteranismo? ¿dónde el Calvinismo antes de Calvino? ¿Quién oyó hablar de Anabaptistas antes del siglo XVI? ¿quién de Metodistas antes de fines del siglo XVIII? ¿y qué es de su *Indefectibilidad*? ¿dónde se enseña hoy aquella su doctrina? Sus secuaces, como era de esperar, de la heregía han pasado al Deismo, algunos del Deismo al Ateismo, del Ateismo al Escepticismo, ultimo término del error; y la ciudad de Calvino (Ginebra) trata ya de sectarios, de novadores y de retrogradadores del espíritu humano á los de su comunión que osan defender la divinidad de Jesucristo. Contradiéndose todos mutuamente, como los viejos acusadores de Susana, se acreditan hijos de Canaan, y no de Judá; y los menos estragados, al leer en la tierra de sus escándalos escritos los delitos de sus padres, avergonzados han ido sucesivamente unos en pos de otros desapareciendo.

¡Cuán otra se presenta la Iglesia Apostólica Romana! Enriquecida con el oro acendrado de la caridad, virtud exclusiva del Catolicismo, rodeada con la variedad de los Sacramentos, de sus corporaciones religiosas, de la majestad de su culto, de la pompa de sus solemnidades, ¡cómo se ostenta Reina de todas las virtudes, digna de asistir al lado del Rey! ¡oh qué hermosas son tus tiendas, casa de Jacob; y tus tabernáculos, Israel! Como valles frondosos y verjales de regadío, como tabernáculos que fijó el Altísimo, como cedros cerca de las aguas. El que te hallare, hallará la vida y recibirá la salud del Señor: el que te bendijere, será bendito, y el que se apartare de ti, en maldicion será reputado. Si: ninguna otra comunión, aunque se arrogue el nombre de cristiana, puede probar la *Unidad* de su fe, ni la *Santidad* de su

doctrina; ninguna secta es *católica* ni en el nombre, ni en la duración, ni en la extensión: ninguna sube hasta los Apóstoles por la sucesión de sus Pastores; ninguna, sino ella, es *Apostólica*: la Iglesia Romana, pues, es la Iglesia verdadera: y las sectas, sinagogas de Satanás: ella es la arca del verdadero Noé, fuera de la cual no hay salvación: es la casa marcada con la sangre de Jesús, fuera de la cual quien se atreviere á comer el Cordero, es un profano, y perecerá. Sola ella es el árbol frondoso plantado junto á las corrientes de las aguas, que da frutos de virtud en todo tiempo; de la cual cortadas las sectas, han quedado como ramos apartados de su raíz, áridos y enteramente secos: ella es el Sol vivificante que alumbra á todos y esparce su luz á todas partes; de quien si algun rayo se separa, al punto se extingue, apaga y convierte en tinieblas: es la fecunda fuente que sale del Paraíso á regar las cuatro partes del mundo, y las sectas arroyos mezquinos que, cortados del manantial perenne de la vida, se han convertido en aguas cenagosas. Esto es lo que vamos á probar en la siguiente *Correspondencia epistolar* del virtuoso y eruditísimo Juan Minler.

Este sabio obispo, colocado, digámoslo así, en la corte del protestantismo, en medio de sus secuaces, luchando perennemente con sectarios de toda clase, ha podido conocer á fondo sus ideas, sus doctrinas, su moral y su creencia, si es que tienen alguna fija; y como puesto en atalaya del campo del Señor, ha avisado de sus maquinaciones, descubierto sus celadas; y aun luchado en la ocasión con los enemigos, desbaratado sus huestes, confundido su perversidad, enfrenado su arrojo temerario, embotado sus tiros, abatido sus campeones, y quebrándoles las armas, púestolos fuera de combate.

Para ello, en una hermosa introducción, hace ver que habiendo dejado desde un principio la fuente de la vida, no podían menos de cavar en cisternas rotas, que no podían contener las aguas de la virtud y la verdad; que habiendo abandonado el norte fijo, la regla que conduce á ella ciertamente, debían por necesidad correr por sendas extraviadas, y perderse en su misma confusión. En efecto, ¿cuál es la regla de su moral y de su fe? Apelando unos á un *Sentimiento*, á una *Impresión interior*, á la *Revelación inmediata*, á una *Inspiración individual*¹, han abierto la puerta á todos los desórdenes, y consagrado todas las especies de fanatismo y superstición: porque ¿qué entusiasta hay que no haya tenido esta persuasión de estar inspirado? Encuéntrese uno de un carácter fogoso y sombrío, y no hay crimen que no pueda cometer bajo pretexto de inspiración... ¿Qué excesos no hemos visto desde Juan de Leyden hasta Jorge Fox², desde Cromwell hasta Sand³? Querer que el *sentimiento*, la *impresión interior* decida de la verdad, y por consiguiente de los deberes, es ofrecer al rencoroso la venganza por regla de justicia, y el adulterio por moral al que desee la mujer de su vecino ó de su amigo. Cada uno además tiene su diverso sentimiento, y tendrá su peculiar doctrina y fe. ¿Y cómo se concilia esto con un Dios de paz y no de división? Si es que él *escribe en el corazón de cada uno lo que debe hacer y creer*⁴, no pudiendo negarse y contradecirse á sí mismo,

¹ Jurieu y Claudio, y sus discípulos. *Le vrai Système de l'Église*, lib. 2, cap. 20, 21.

² Salmon, ministro de Coventry, enseñaba al pueblo á jurar, á blasfemar, y á abandonarse á todos los desórdenes de la carne. En Douvres, una mujer cortó la cabeza á su hijo, bajo pretexto de un mandato particular que Dios le había dado como á Abraham. El autor refiere otros mil excesos, y por eso los omitimos aquí.

³ Asesino de Kotzebue. — ⁴ *Emile*, tom. III, pág. 2.

¿ cómo es que estos sectarios no creen unos mismos dogmas, no tienen una misma moral? Si en todos es esta la regla de eleccion, ¿ cómo hay diversas religiones? ¿ Es diverso el Dios de Londres que el de Wittenberg? ¿ Son otros sus pensamientos en Ginebra que en Zurich? La verdad no será ya mas que los pensamientos de un espíritu sin regla, y la ley las pasiones del corazon.

Avergonzados otros de delirio tan insano, se han acogido á la Escritura como regla *única* de su fe; pero dejándola á la interpretacion de cada uno, han incurrido en los mismos absurdos, y arrojádose en el mismo precipio. Cada uno verá en ella lo que quiera hallar; y como tiene su razon y modo propio de entender, tendrá su propia Religion: serán tantas las creencias como los hombres, pues no teniendo cada uno autoridad sobre los demás, nadie estará obligado á seguir otros dictámenes que los de su razon. Pero la regla de fe debe ser cierta é infalible, de manera que no induzca jamás en error al que la consulte con sinceridad, y debe ser adaptada á la capacidad y situacion de todos, pues todos somos llamados á la verdadera Religion. Y qué, ¿ todos son capaces de entender é interpretar las Escrituras? ¿ Qué delirios no abortó su falsa inteligencia en los herejes antiguos y modernos? ¿ Cual de ellos no se escudó con algun texto sagrado, para insinuar en los sencillos el error? El mismo Satanás los citó cuando tuvo el arrojido de tentar á Jesucristo. No se deben, pues, escuchar sin recelo tantos maestros nuevos, que las quieren poner indiferentemente en las manos de la multitud; debe haber algo mas que ellas: es necesaria la Tradicion: no todo lo que dijo é hizo Jesus fué escrito: no lo hubieran cogido los libros en el mundo: por consiguiente debió comunicársenos mucho de viva voz. Las Escri-

turas son además una ley muda; y esta ley es preciso haya quien la aplique en la ocasion, quien decida las controversias que sobre su inteligencia se pueden suscitar. ¿ Qué legislador hubo jamás que diese una ley, y no estableciese magistrados autorizados para su interpretacion?

En fin, estableciendo todos en principio la *via de exámen para creer*, erigiendo por último tribunal á su razon, emancipándola de toda autoridad, han allanado el término á la filosofía que tan amargos frutos dió en el siglo anterior, y hoy más que nunca ejerce su influencia. Jamás ha sido mas conocida esta verdad. « Si se distinguen aun, dice un célebre escritor (*Mémorial Catholique, septembre 1815*), esas dos grandes » clasificaciones bajo el nombre de *protestantes y filósofos*, unos y otros convienen en proclamar la *identidad absoluta de su principio fundamental. Nuestra » creencia*, dice la *Revista protestante*¹, *no es mas que » la libertad de exámen. El protestantismo es en materia » religiosa el Acta de la independencian de la razon. Los » filósofos blasonan*² *de ser protestantes en filosofía,* » como los protestantes de ser *filósofos en Religion*; » y unos y otros hermanados en un mismo principio, dirigen sus tiros á un mismo fin, á la destruccion radical de toda ley y subordinacion. Este convencimiento es el fruto que debemos sacar de su lectura; y esto es lo que quisiéramos grabar en el corazon de nuestros lectores para enfervorizarlos á todos en el amor á nuestra Santa Religion, que á una sostiene el Trono y el Altar. El carácter distintivo de los errores de este siglo, es el ser todos sociales, en el sentido en

¹ Periódico de protestantes que se publica en París, entrega 4, pág. 153.

² *Le Globe*, diario de filósofos de allí mismo, núm. 147.

que el error lo puede ser, es decir, aplicados a la sociedad. Y una triste experiencia nos ha hecho ver, y la historia lo testifica escrito con letras de sangre, que quien se cree autorizado para resistir al Sacerdote instituido inmediatamente por Dios, en viéndose mas fuerte, resistirá tambien á la autoridad civil. Réstanos decir dos palabras del autor.

M. Juan Minler nació en Londres el 1752, y fué por largo tiempo misionero en Winchester. El 1803 fué consagrado obispo, con el titulo de *castabala in partibus infidelium*, y acreditó su piedad, su sabiduría y zelo en todas ocasiones. Tuvo gran parte en todos los asuntos generales de los Ingleses Católicos, y publicó muchos escritos sobre puntos de controversia y sobre otros varios, segun que lo exigian las circunstancias de su país. El 1791 impidió un *Bill*, que hubiera sido muy nocivo á los Católicos; se declaró abiertamente contra el cisma y los excesos del Abad Blanchard, y en estos últimos tiempos fué uno de los declarados adversarios del *Yeto*, punto en que estaba unido en sentimientos con los Obispos de Irlanda, cuyo agente fué largo tiempo en Inglaterra. Sus mismos enemigos han hecho justicia á su mérito, y elogiado su saber y conocimientos. Viendo decaer sensiblemente su salud, tuvo el consuelo de consagrar por su coadjutor á M. Tomás Walsh, presidente del colegio de Oscott, el 1º de mayo de 1825. Sus últimos momentos han sido señalados con los actos de la mas acédrada piedad; y despues de haber recibido los Santos Sacramentos á presencia de muchos fieles, murió el 19 de abril de 1826 en Wolverhampton, condado de Stafford, donde tenia su residencia. La Iglesia Católica en Inglaterra ha perdido en él una de sus columnas, pero su memoria

será siempre apreciada por todos los Católicos celosos de su país.

Sus *Cartas á un Prebendado* (*Letters to Prebendary*) han sido muy estimadas de nacionales y extranjeros: de las presentes diremos solo que los *Memorialistas Católicos*, justos apreciadores del mérito y de la virtud, las colocan entre los mas útiles escritos de estos últimos tiempos contra los sectarios, y á favor de la Iglesia Católica. (*juillet 1825*). Su estilo es sencillo, como convenia á una *correspondencia familiar*, pero convincente, nervioso, lleno de jugo y de doctrina. Aunque parece dirigirse en particular á la Iglesia Anglicana, sus razones son extensivas á todos los protestantes, pues su doctrina fundamental es en todas partes la misma; y sabemos, dicen dichos sabios, que ha disipado las preocupaciones de muchos, y reconciliádolos con la fe. Entre nosotros esperamos servirá para afirmarla, y aun en el comun de las gentes para inspirar el debido desprecio de tantos charlatanes preciados de eruditos, al ver que sus sofismas son precisamente los de los herejes. Y de herejes, ¿qué se puede nadie prometer?